

Bill Jiménez

El hambre exegética



EDICIONES ASTRÁGALO

Primera edición impresa: septiembre de 2019

© Guillermo Jiménez Muro, 2019

www.billjimenez.com

Gráficos de la cubierta creados por rawpixel.com

Diseño de la cubierta: Discursiva

ISBN: 978-84-09-13478-6

Impreso en España

Impresión y encuadernación: Estugraf

PRIMERA PARTE
SARDES

Uno de los principales problemas de acostumbrarse a los buenos tiempos es que no solemos reconocerlos como tales hasta que han finalizado, cuando esa bonanza que te permitía salir de la cama con una sonrisa y, que tú considerabas normalidad, se vuelve lejana y sin relación con el presente. Atrás quedan los brindis por nuestros éxitos en un local de éxito de la Vila Olímpica, el tintineo de las copas al chocar y la nota disonante de la botella de cerveza que trata de enfrentarse en igualdad de condiciones a las copas de gin tonic. Las risas mueren en las malas épocas, y si alguna cruza el perímetro de drama, resulta ofensiva, fuera de lugar, merecedora de hostiles miradas y de que, aquellos que las recibieron, las tomen como invitaciones a la guerra. Yo he vivido buenos tiempos. Supe en todo momento que lo eran, pero en mi vanidad pensé que durarían para siempre o que la transición hacia la desgracia sería soportable. Como un paseo a finales de otoño, y no como el chasquido de unos dedos a escasos centímetros de mis ojos.

—¡Despierta chiquilla! La inopia es golosa. Vuelve antes de que te extraviemos para siempre.

Parpadeé sin reconocer esa mano de dorso velludo, ni cuando su dueño la agitó a escasos centímetros de mi rostro, el retorno a una realidad donde el alcohol y la música eran las fuerzas dominantes. La ginebra tiró de mis comisuras y el carisma de Germán de mi cuerpo,

a modo de refugio temporal, capaz de generar dependencia incluso a las tres de la mañana, esa hora en la que proliferan las malas actitudes y los peores olores corporales.

—Creo que me iré en breve —Sentí el peso de su brazo sobre los hombros.

—¿Tan pronto? —dijo— Vivimos un festejo, mujer, ¿qué dirán los dioses si no los honramos como se merecen? ¿Acaso quieres incurrir en su ira?

Mis ojos recorrieron su metro ochenta y cinco en busca de un rostro en el que, sabía, iba a encontrar la sonrisa que iba a retenerme, al menos, una hora más. Funcionaba en cualquier circunstancia: como referente, en un club atestado; como fortaleza, cuando un proveedor de la editorial desafiaba nuestras ya de por sí ajustadas fechas de entrega; fuente de alivio, cuando el juego de los distribuidores nos alejaba de las principales librerías de la ciudad. Todas esas energías brotaban de la sonrisa de Germán Salcedo, editor jefe de Ediciones Astrágalo, una de las sorpresas editoriales de 2010 según la revista *Elocuencia* y un buen puñado de blogs de distinta credibilidad.

2

Fragmento de una entrevista a Germán Salcedo:

«Ediciones Astrágalo es un juego de azar. Extraje su nombre del hueso talus, uno chiquito que forma parte del tarso, en el pie. Me fascinó su funcionalidad, la simbología alrededor de su diseño. El astrágalo es un primitivo dado de seis caras, usado por las gentes de la antigüedad como vínculo con esas fuerzas que, en nuestro desconocimiento, llamamos azar. Y qué mayor enfrentamiento contra el destino que alzar de la nada una editorial independiente. Recibí muchos comentarios al respecto: que si estás loco, que si será tu ruina, que mejor invierte en un plan de jubilación, que te vuelvas al DC... pero no, aquí me quedé tras reunir a un equipo de profesionales de los que me siento orgulloso. En el Astrágalo editamos a las mejores voces de mi generación: Grandes amigos, en la mayoría de casos, amigos

que no solo paren buenos libros, también gustan a los lectores. Jamás imaginé que llegaríamos tan lejos en tan poco tiempo. Y en esas estamos, tentando al azar, arrojando astrágalos al suelo, apostando con las fuerzas que rigen nuestro mundo o, como mínimo, a la industria editorial hispanoamericana.»

Apuesto a que soltó una carcajada nada más terminar la frase.

3

Mi nombre es Claudia Bilà y formo parte del equipo de profesionales que tanto enorgullecen a Germán Salcedo. También soy su editora junior y la mujer que busca refugio entre sus brazos cuando bebe más de la cuenta. No soy su mujer, ni su amante, ni tan siquiera familia directa. Indirecta sí. Germán desarrolla profundas y complejas relaciones con sus empleados: consigue que desconocidos de vidas y personalidades antagónicas funcionen en equipo sin caer en el asesinato. Confía en las energías invisibles, en las relaciones inconscientes y en cualquier otra fuerza de nombre exótico que genere imposibles. Es el chamán de la tribu, aquel que explica al guerrero que el fuego es su aliado, el hombre medicina que ayuda en los partos y el sacerdote que oficia los entierros. Es el nexa que toda civilización tiene con la naturaleza. El hombre que toda mujer heterosexual desea secretamente que le parta el corazón, el sabio que se rodea de otros sabios que viven, aman y mueren como si el mundo fuera a desaparecer en cualquier momento. Cronistas que documentan sus desventuras en libros de éxito. Germán conocía a esos sabios, a todos. A algunos aún los conoce aunque ya no salgan a beber y consumir mezcalina; los hay que no pueden porque sus cuerpos incinerados se diluyeron hace años en las aguas del Atlántico; otros siguen a rajatabla los consejos de su médico; unos pocos llegaron a los cincuenta con las neuronas intactas y siguen escribiendo. Nosotros les editamos. Ediciones Astrágalos no apuesta con los dioses, firmó un contrato con cada uno de ellos.

Insisto, mi nombre es Claudia Bilà, y como se aprecia por estas palabras, hablo más de los demás que de mí misma.

—Oye, me cuesta entenderlo. Ya sé que es tu jefe y os lleváis casi quince años. No me intimida, pero tampoco me acabo de acostumbrar. Esos abrazos, los besos en la frente, en las mejillas, los achuchones... cualquiera que os vea pensará que estáis liados. ¿Qué dicen vuestros compañeros? ¿Les parece bien? Yo no lo vería con buenos ojos, creo que es inapropiado, nada profesional, la clase de actitudes que inician conflictos en cualquier empresa *normal*. Bueno... ya sé que vosotros no sois normales, que estáis en lo más alto, aquí, celebrando vuestras movidas en la zona VIP de uno de los clubs de la Vila Olímpica que más me repatean. ¿Qué digo? *Todos* los locales de esta zona me dan por saco. Para empezar: ¿por qué los llaman clubs? ¡Que son discotecas, leche! ¡En mi pueblo las llamamos discotecas! Fíjate en toda esa gente, bailando esta música hortera de radio fórmula, vestidos como turistas británicos, sobre todo ellas, embutidas en tanta lentejuela. Bueno, probablemente sean ingleses. Mira, fíjate, atenta a ese tontaina... ¡La tipa está como una cuba, animal! Bueno, la verdad es que aunque nos separen un par de escalones, esto del VIP resulta divertido. ¿No crees que sea la distancia entre los animales y las criaturas civilizadas? Además, cócteles gratis, qué más puedo pedir... ¡Por Dios, qué guapa estás! No te apartes, joder, que solo ha sido un pellizco. ¿Dónde vas con esa vergüenza? Sigo pensando que no deberías abusar del gris. A ver... que a estas alturas ya estoy acostumbrada, pero algo de color a tu look no te vendría mal. En serio, qué guapa estás cuando vas con el puntillo. Te bajan las defensas o algo parecido, no sé explicarlo, dejas de pensar en el trabajo o en hacer dinero. Quedas expuesta tal y como eres, y ahí es cuando más me gustas. Espera, que te aparto el flequillo... ¡Vaya, pero si tienes cejas! ¡Qué linda eres! Deja que te bese, venga, un besito, sin lengua, que sé que te da vergüenza. Ahora sonrías, ¿eh, guarrilla? Ven, dame un beso, vamos a darle celos a Germán...

—Ay, Violeta, qué cosas tienes...

La elección del club respondió a la tradicional, y a mi parecer fallida, relación entre abundancia y éxito. El escenario se componía de una mesa rectangular, velas, una champanera en la que reposaba un magnum de Moët, botellas de vino, una cena exquisita, parca, creativa, incapaz de compensar el alcohol que íbamos a ingerir. Insisto en la creatividad de la cena, en la calidad de los manjares y el trabajo que se espera de un menú de setenta euros. Paseé el tenedor por el plato, empujando esas pequeñas obras de arte gastronómicas que, al entrar en contacto con mi paladar, se transformarían en una explosión de sabor. Eso nos explicaron al servir las, un plato de nombre interminable y fácil digestión que se veía incapaz de superar en nuestro recuerdo a la comida que Violeta y yo habíamos compartido ese mismo día: el pollo regado en salsa de ecos que aún residían en mi estómago.

—¿Ha sobrado pollo? —me dijo Violeta al oído.

—Ha sobrado pollo —Seguía maravillada por la combinación de colores de los entrantes—. Todo el pollo del mundo.

—Me voy a dar un atracón, porque si dependo de esto...

Los tacos de arroz multicolor recordaban al sushi sin serlo. En tales detalles se encontraba el truco, en engañar a nuestro paladar a través de la vista. Violeta, que detestaba el pescado crudo, jugó con ventaja. Identificó unos sabores inesperados y su rostro pasó del escepticismo a la maravilla.

—Está rico, no es sushi —dijo—, pero sigo pensando que, nada más llegar a casa, me jalaré las sobras del pollo.

Dio un largo trago a su copa de Cabernet Franc, otra exquisitez que fuimos incapaces de valorar, a pesar de que había ganado en paladar desde que nos fuimos a vivir juntas, una parte de mi cerebro seguía enganchada a la comida rápida, precocinada, deshidratada o cualquier otro subproducto que requiriera menos de diez minutos de cocción. Mujer independiente, mujer trabajadora, mujer alimentada a base de sándwiches, y mujer que termina con una anemia y una baja laboral de tres meses.

—Tres años —Germán se había incorporado con su copa en alto—. Veinte referencias en el mercado, veinte caballos ganadores,

y todo gracias a ustedes, mis queridos amigos. No saben cuánto les agradezco su esfuerzo y su pasión.

Sus queridos amigos éramos:

Yo, la editora junior, ejecutora de su voluntad, que incluía la recepción de originales, las correcciones, el trato con los muchos autónomos que se sienten explotados por la industria editorial. También la persona que gestiona los ISBN y depósitos legales, la experta en acosar a los escritores a la hora de que colaboraran en las tareas de promoción, las guerras eternas con la imprenta, con los distribuidores, aparte de cerrar cualquier proyecto y organizar presentaciones; tratar con la prensa, con las librerías y, en ocasiones puntuales, preparar cafés cuando Germán se refugiaba con uno de sus valiosísimos autores y pasaban horas rememorando sus viajes por la Patagonia, incluido el día en que toparon con un escarabajo del tamaño de un caniche. Quizá no fuera un escarabajo. En cualquier caso, medía lo que un caniche.

La siguiente en la lista de personas favorecidas por el entusiasmo de Germán era Lola, nuestra secretaria, dama de cuarenta y bastantes años aficionada a las argumentaciones sin destino y, dependiendo del tema, sin sentido. Un marido en paro, transportista; dos hijos, chico y chica, él confiado en sus dotes como raperero; ella muy estudiosa, el orgullo de la familia a pesar de que nadie supiera concretar el grado que realiza. Un cuadro que siempre me pareció variopinto y al que Lola parecía inmune, pues ni le despertaba alegrías ni dolores de cabeza. Sonríe mucho y muestra sin tapujos unos dientes necesitados de ortodoncia. La culpa es del tabaco, asegura ella. Violeta dice que el tabaco deja los dientes mal, pero en el caso de Lola asegura que el defecto responde a un pasado cocainómano. Yo le digo que es imposible. Como mucho, abusa del chocolate negro, pero Violeta sonrío socarrona y no insiste en el tema. Respecto al trabajo que realiza en el Astrágalo: Lola recoge llamadas, filtra llamadas, habla con los mensajeros. Si de mí dependiera, la habría despedido tras su primera semana.

Sergi Queralt, diseñador gráfico, ilustrador y una parte importante del éxito de nuestras referencias. Sus cubiertas reciben buenas

críticas: un minimalismo digno de elogio. Su trayectoria está en alza como su pelo, encrespado, y su espesa barba negra transmite unicidad capilar. Violeta dice que está muy gordo para ser tan moderno. Con ella comparte el gusto por las gafas de pasta, cuanto más grandes mejor. Sergi ha expuesto la cara más artística de su trabajo en varias salas del barrio de Gràcia, además de ser un consumado muralista.

Andreu Cassany, nuestro contable. Áspero, taimado, con más futuro como sicario que como hombre de números. No deja pasar una: es una pesadilla. Su eficacia también resulta aterradora, también el que siempre vista trajes entallados, o que su flequillo sea inmune a los elementos. Es de los que callan y otorgan, en eso nos parecemos, pero si en mi caso es por falta de recursos sociales, en el suyo todo apunta a una enfermiza capacidad de evaluación y rápida respuesta. En serio, asusta.

Aplaudimos. La cintura de Germán realizó un giro de ciento ochenta grados, paseando la copa de vino a la espera de complicidad. Yo la alcé tímidamente y Violeta se apresuró en rellenar la suya y no sentirse en desventaja ante los colegas de su pareja. Violeta siempre ha sido competitiva en temas sentimentales y quizá fuera la que menos pintaba en aquella mesa, sin embargo, como única pareja disponible, ejercía por todas las demás.

El marido transportista de Lola era una entidad abstracta que únicamente se manifestaba en las conversaciones de su esposa. Toda descripción destacaba su apatía, proporcional a una inactividad que, en palabras de la propia Lola, *amarga a los demás*. De Sergi se podía decir algo parecido. Ni habían transcurrido dos semanas desde su última ruptura sentimental, la enésima pareja que le habíamos conocido. Tampoco es que hablara de ellas, incluso de las que visitaban nuestra oficina y caían bien a todo el mundo con su porte de jóvenes cultas y bohemias, marcaban a su hombre con un par de besos y escrutaban ávidas el loft de cien metros cuadrados en el que trabajábamos en busca de una pista sobre nuestras futuras publicaciones.

—No estaba lo bastante enamorado —se excusó en una ocasión—. Ah, con Raquel nos faltó química —dijo en otra—. Valentina era mala en la cama —sentenció—. Olga iba conmigo para fardar

delante de sus amigas...

En cambio, Andreu era un misterio. La escasa interacción de la plantilla con su vida personal invitaba a las especulaciones. Sabíamos que compartía piso y que su compañera o compañero de piso patrocinaba su gusto por la excelencia, con atenciones que resumía con pedanterías tales como «presta atención a mi bocadillo: quédate con la textura del pan, la frescura de la lechuga, el tomate, los pepinillos... No existe duda, es una obra maestra. Cómo me cuidan...» o «camisa almidonada, querida Claudia, camisa almidonada...»

—¿En serio te dijo querida? —preguntó Violeta al explicárselo el mismo día del percance— La próxima vez que nos veamos le daré una patada en sus queridos huevos. Reza porque no me coja con una copa de más...

Aquella noche, la noche de la celebración, a Violeta le sobraban hasta tres copas de más. Andreu estaba presente, acomodado en el extremo de la mesa que daba a un sofá capitoné. La camisa remangada con pulcritud, el cuello desabotonado en actitud distendida. El desinterés que emitía hacia su prójimo era proporcional al relajo que le acompañaba, opuesto a mis esfuerzos por relajar a Violeta, cuya pierna acariciaba por debajo de la mesa cada vez que él intervenía. La tensión era literal, las ganas de lanzarse a la yugular de Andreu y convertir el festejo en un baño de sangre: una posibilidad alarmante. Pero imperó la cordura durante toda la velada y Violeta respondió a las provocaciones con sonrisas de labios prietos y ojos entornados.

—¿Estás bien? —le pregunté.

Asintió poco a poco, definiendo el esternocleidomastoideo como recién salida del gimnasio al que iba cuatro veces a la semana. Pretendía arrastrarme a una clase de *body combat* por el bien de mi culo, fofo por culpa de una silla de oficina. Violeta solía vestir sus críticas de consejo, jugando sin querer con esos prejuicios acerca de mi figura que desarrollé durante la adolescencia. Preocupaciones que, como buena inseguridad que emerge cuando menos lo esperas, se habían erigido artífice de grandes derrotas.

Tras la cena llegaron las copas, los gin tonics, las cervezas de Sergi y las danzas en una pista de baile fruto de retirar las mesas en las

que previamente habíamos cenado. La iluminación enloqueció y los focos que habían permanecido quietos cobraron vida para deleite de Germán, que veía en el jolgorio de conocidos y desconocidos una proyección de su propia alegría. La gente a nuestro alrededor se hacía preguntas y nos suponía diseñadores de moda, desarrolladores de una aplicación para móviles o herederos de incalculables fortunas que requieren de varias generaciones de niños malcriados para dilapidarse. La lluvia de miradas fue constante. Las devolví copa en mano, con más interés sociológico que personal, parecida a la diversión del gato que, impertérrito, provoca desde su ventana a los perros del vecino. Sergi cruzó el cordón que nos separaba de esas masas curiosas e interactuó largo rato con ellas, ofreciendo sonrisas étlicas a mujeres que distaban del perfil que solía cortejar. Andreu enfiló directamente hacia el baño, esquivando cualquier tentación carnal y, a su vuelta, palmeando espaldas ajenas y sonriendo con amplitud desdeñosa. «Mejor que secarse con las toallas del baño», dijo. Esperó a una reacción por mi parte y encontró una profunda indiferencia. Mi atención estaba puesta en las evoluciones de un tipo trajeado que argumentaba a un miembro de la seguridad del local su deseo de acceder a nuestra área. Cortaba el aire con sus aspavientos y ablandaba el corazón de su interlocutor con una camaradería que ambos sabían falsa, no obstante, de tan esforzada, tampoco resultó del todo innecesaria. Señaló a Germán y el guardián fue a buscarlo, mostrándole antes su manaza a modo de invisible frontera.

—Huele a dinero —dijo Andreu, recién posicionado a mi vera, a diez centímetros escasos. Podía oler su colonia: intensa, de notas cítricas, amargas como su carácter.

Germán recibió la noticia y corrió a dar la bienvenida al recién llegado, atrapándolo entre sus brazos y sacudiéndolo como a un chiquillo. Las muestras de afecto incluyeron palmaditas en la mejilla, pellizco en la americana, tan alejada de sus camisetas negras y sin dibujo, y varios abrazos que combatieron la incredulidad del encuentro. Al terminar se acercaron a nosotros. Andreu redujo la distancia que nos separaba a cinco centímetros y aprovechó cualquier excusa para rozarme el hombro.

—Deja que te presente a Claudia y a Andreu —dijo Germán al hombre trajeado—. No encontrarás una asociación alfanumérica más productiva. Ella doma palabras, vuelve cachorrillos a los leones: es mi editora. Él hace lo mismo con nuestras cuentas, malea el caos, evita que ese monstruo llamado Hacienda nos devore cada tres meses. Son héroes, Alejo, a su manera son héroes.

El hombre resumió su diversión con una sacudida de cabeza y un amago de carcajada.

—Eres incorregible —dijo—. Espero que os pague bien, porque aguantarle cada día también puede ser heroico.

—Nos paga bien —dijo Andreu.

Algún gesto inconsciente delató mi rechazo a esas tres palabras y el amigo de Germán lo advirtió. Era inevitable: como contable, Andreu conocía mi sueldo, las veces que había mejorado y esos incentivos que Germán se sacaba de la manga cada vez que una de nuestras referencias entraba en bibliotecas e hipermercados. En una ocasión, supe de sus lamentos por Lola, canal manipulado y manipulable de sus envidias. Poco podía hacer ante sus tejemanejes salvo morderme las uñas y ascenderlo en el ranquin de conocidos a odiar.

—Este canalla vendido al dólar es el tipo con más vista que ha conocido la industria editorial de este país —dijo Germán—. Qué ojo, qué lengua, y qué otros órganos que no mencionaré en voz alta por respeto a las damas presentes.

—Tranquilo —dijo Andreu—, no creo que se asusten.

La única respuesta al comentario fue el empujón de Violeta al abrirse camino entre ambos. Andreu trastabilló y la miró como si su presencia desafiara a las leyes de la física.

—A mis oídos han llegado comentarios más sucios —dijo ella. A diferencia de Andreu, sus acercamientos describían líneas rectas. Tomó mi brazo y se lo pasó por encima de los hombros.

Miré de reojo a Andreu, parecía igual de satisfecho de sus actos en la distancia como en la cercanía. A sus prejuicios heterosexuales les costaba entender que existen relaciones lésbicas más allá del porno.

—Queridos amigos, dejad que os presente a Alejo, mi camarada en tiempos de infortunio, el hombre que intuye el futuro de una

novela leyendo su primera frase. En serio, es un genio editorial y, también hay que decirlo, una inmejorable persona.

—Don Perfecto —dijo Violeta.

—Ni mucho menos —dijo el tal Alejo.

—Cierto, ni mucho menos —dijo Germán—. Alejo se quedó a medio camino del Olimpo cuando vendió su alma al Grupo Vergada.

19 de marzo

Llegamos a la aldea a mediodía tras un trayecto en helicóptero de diez kilómetros sobre la selva colombiana. El último tramo discurre paralelo al curso de uno de los hijos del Orinoco. El piloto nos explicó, a mí y al resto de pasajeros (gentes que han preferido mantener su origen y destino en el anonimato) que la orilla elegida era la que menos riesgo corre de sufrir un ataque. La selva está llena de locos, añadió el copiloto, un tipo parlanchín de los que te golpean con el dorso de la mano a cada frase, seas o no su interlocutor. Locos con una causa, según él, de los que se sienten amenazados por las consecuencias de sus actos. En la mayoría de casos, gente en conflicto con alguna de las leyes redactadas por el hombre o su equivalente en burocracia colombiana.

Saltar de un helicóptero no es fácil, y lo hice antes incluso de que los patines de aterrizaje se posaran en el improvisado helipuerto: un semicírculo de árboles arrancados entre el río y la aldea. La mitad de esa extensión es de tierra húmeda, así que al caer sobre ella casi protagonizo un traspíe de los que arrancan carcajadas. Aun así, he sentido miedo, no ante el hecho de revolcarme en el barro, más bien ante la posibilidad, o la imposibilidad, como bien me recordó el copiloto con una sonrisa entre burlesca y paternal, de perder la cabeza por culpa de las aspas del viejo transporte. La fuerza que el mecanismo ejerció me recordó que los accidentes ocurren y que los recién llegados al ecosistema

presentamos más oportunidades de sufrirlos.

En la aldea aguardaba el contacto que me proporcionaron al subirme al helicóptero: un italiano de tez morena y cabello negro como el tizón que, de no ser por su acento habría pasado por mexicano o cualquier otra nacionalidad centroamericana. Brazos recios, parecidos a los míos aunque, en su caso, los bíceps no hubieran crecido en la cautividad de un gimnasio, donde las pesas no se levantan, se socializan. El italiano es el único occidental en la aldea, aunque por su hiperactividad parezca que esté de paso. Siempre lo encuentras envuelto en una negociación, como si al bajar el ritmo fuera a perderse un acontecimiento importante. Incluso las presentaciones han sido rápidas, y se echó unas buenas risas cada vez que salió a relucir mi misión. La palabra misión le divierte, pero por el momento no dispongo de sinónimo mejor. «Búsqueda» encajaría mejor, quizá, pese a la ambigüedad de sus connotaciones. También podría llamarla 'acería' en caso de que los planes se tuerzan.

El italiano me ha puesto al día con un rápido resumen de los acontecimientos. Le han hecho falta unos diez minutos de explicaciones y aspavientos que luego hemos sustituido por una charla informal alrededor de unas Club Colonia. La choza precaria que ejerció de bar recuerda a un chiringuito playero, rodeado de mirones que por diferentes motivos no pueden acceder a sus servicios; comparten su frustración en voz alta. El italiano me ha recomendado ignorárles. Como buenos locales, es normal que recelen de los forasteros y les preocupen los movimientos de las FARC y el Gobierno. También me ha recomendado que no le tenga miedo a las pistolas que salgan a mi encuentro en la selva. Por lo general, la gente suele preguntar antes de disparar al prójimo. En la jungla, los rehenes cotizan más alto que los muertos.

Más tarde, hemos hablado de mi guía. Pensaba que él,

el italiano, iba a acompañarme en el trayecto, sin embargo, su respuesta literal fue que no está loco y que ahí dentro ha tocado los cojones a tanta gente que no hay moneda de curso legal que compre su seguridad. Al preguntarle por esa seguridad, su respuesta fue: tranquilo, tú ahí dentro no pintas nada. Entrás, resuelves tus asuntos y vuelves a salir. En serio, no le importas a nadie.

El confort de la noticia fue frágil y el resto de la jornada la he pasado en silencio, esquivando las miradas de los aldeanos y pendiente en todo momento de las evoluciones del italiano, rápido impartiendo órdenes y otorgando trascendencia a cualquier tarea ínfima. A la hora de comer interactué levemente con los locales, les pregunté por el tiempo, por la situación política y otros tantos argumentos retóricos que respondieron con sonrisas. Luego comí por unos diez mil pesos colombianos: sopa, yuca y verduras acompañados por un pescado que jamás ha conocido una cadena de frío. Pienso en lo que dirán de mí si a las primeras de cambio sufro una intoxicación de las que te retienen en cama durante días. Adiós a la misión, la cruzada que todo hombre romántico debería llevar a cabo una vez en la vida. Solo una vez. A partir de ahí estaría jugando con fuego y con un azar para el que nosotros, europeos urbanitas, no estamos preparados, y si bien siempre me he considerado un hombre de mundo que viaja, escala montañas, desciende ríos en embarcaciones minúsculas e interactúa con culturas que piensan que Johan Cruyff aún es el entrenador del Barça, conozco mis límites. Existen muchas vidas en este mundo y algunas de ellas aún se las considera salvajes.